

Son hijos nuestros

EN los últimos meses determinados actos, muy concretos, sacuden la sensibilidad del «lector». Nos referimos a muchachos violentos, mejor niños, capaces de torturar y aun de matar. En Nueva York, un estudiante de 15 años mató a otro de 14 en un pasillo de la escuela clavándole un cuchillo en la garganta. En Liverpool dos niños de 10 años torturan y matan a James Bulger, de dos años, cuyo cadáver con «horribles heridas en la cabeza» aparece cerca de las vías del tren. Una cadena de manifestaciones se ha ido encendiendo en Alemania, desde Munich a Hamburgo, desde Stuttgart a Dresden para protestar contra los actos de violencia que mozalbetes de improvisada masculinidad realizan contra extranjeros y emigrantes.

Estos «casos» no caen como meteoritos sobre un ambiente plácido. Liverpool se ha hecho tristemente famosa por la violencia de sus hinchas. Recuérdese Heysel o los 95 hinchas aplastados en Sheffield en 1989. Si algunos jóvenes alemanes afinan su oído musical con canciones como ésta: «matad a sus hijos, abusad de sus mujeres, destrozad su raza y así les aterraráis» o «sacas un cuchillo y lo clavas diecisiete veces...», no es extraño que luego se entretengan pegando fuego a refugios de emigrantes, venidos del Sur o del Este.

Y entre nosotros, más recientemente, tenemos el triste caso del triple asesinato, después de la violación, de las tres adolescentes de Alcásser.

Es lógico que broten, incontenibles, algunas preguntas: ¿qué nos está pasando, a nosotros y a nuestras sociedades? ¿Se puede reducir todo a la locura de unos grupúsculos alienados y violentos de ultraderecha?

Busquemos causas. No hace falta un viaje largo para encontrarlas. Algunas, claramente sociales. Los asesinos del niño de dos años de Liverpool viven en una zona en la que el paro roza el listón del 30 por 100. Este desempleo lleva a la pobreza, al hastío profundo, a la violencia y a la criminalidad. Y esto produce una juventud y aun una niñez llamativamente violentas. En Liverpool la gente comenta: si hace unos años se podía reprender a los niños, ¿quién se atreve ahora a hacerlo? Nadie quiere que le pongan una navaja en el estómago. O ¿cuántos de nosotros los adultos somos capaces de reprender a algún mozalbete violento que está destrozando objetos de uso común en la vida pública: papeleras, cristales de marquesinas, de autobuses...?

PERO *las causas no son sólo sociales. Con frecuencia en promiscuidad con el paro, que significa mucho tiempo sin hacer nada y muy poco dinero para hacer algo, hay familias rotas, padres que saben poco de sus hijos, relaciones humanas degradadas, niños abandonados a sí mismos que crecen con las raíces al aire. En una sociedad de enfebrecido consumo, no hay metas a donde ir ni medios honestos para llegar. En algunas ciudades la tasa de delincuencia juvenil ha crecido en pocos años hasta un 50 o un 60 por 100.*

¿Hay remedio? Uno primero se nos ocurre a todos y demasiado fácilmente: «menos comprensión y más dureza», «limpiar la calle y la sociedad de tanta bazofia». El partido conservador inglés, en 1979, estableció un tipo de castigo de aire militar «rápido, duro e impactante». No ha servido. Creció la delincuencia y aumentaron los delincuentes.

Tal vez haya que buscar el remedio en otras fuentes. En el momento actual acentuamos con fuerza la libertad del

individuo, su privacidad. Y esto tiene su lado positivo. Pero nos lleva también a la soledad, a una sociedad de individuos aislados. No pocas tradiciones parecen agotadas. Tenemos que redescubrir la propia valoración y estima de cada uno, como ser personal y como ser relacional, destinado a vivir pacífica y solidariamente en sociedad. Con lo cual se revaloriza la importancia y el clima acogedor de la familia. O, como afirmaba Blair, portavoz laborista de Interior, los valores comunitarios, familiares o incluso valores espirituales. «Lo que todos ellos tienen en común es algo más grande que yo».

ANTE los sucesos en Lichtenghagen (antigua Alemania Oriental) un ciudadano de Rostock gritaba: «Estos no son los nazis: son nuestros hijos». Ante los niños o los muchachos violentos en tantos rincones de Europa, la generación adulta tenemos el deber de hacer nuestra esa afirmación de Rostock. Y si son hijos nuestros, nos toca a nosotros aportar la parte más costosa del remedio.